

La persecución de Jeremías

Dayton Keese

¡**E**l «rechazo» llega a ser una experiencia más devastadora cuando uno se da cuenta de la forma como lo sufrió Jeremías! Al haber estado al borde de la muerte, es poco lo que uno podría sufrir más que Jeremías. Esta reseña sirve tan solo para aumentar la admiración que siente uno porque el profeta jamás renunció a ir o a hablar cuando Dios lo quiso. Al seguir esta reseña, consideraremos por qué y cómo Jeremías permaneció fiel y firme.

REHUSARON OÍR U OBEDECER

Cuando Dios habló por Jeremías, llamando al pueblo a buscar y a andar por el buen camino, la respuesta de ellos fue: «No andaremos». Cuando se les instó a escuchar la advertencia de Dios por medio del sonido de la trompeta, la respuesta de ellos fue: «No escucharemos» (Jeremías 6.16–17). ¡Es doloroso cuando uno habla la verdad a personas que ama, pero estas rehúsan escuchar!

¡Un factor que distingue este negarse a oír es que *Dios le había informado a Jeremías de que así sería!* En Jeremías 7.27–28 se declara:

Tú, pues, les dirás todas estas palabras, pero no te oirán; los llamarás, y no te responderán. Les dirás, por tanto: Esta es la nación que no escuchó la voz de Jehová su Dios, ni admitió corrección; pereció la verdad, y de la boca de ellos fue cortada.

¡Lo asombroso es que no fue de los oídos de ellos que fue cortada la verdad! Aunque el pueblo no escucharía la verdad, y esta había sido cortada de su boca, ¡Dios encargó al profeta que continuara declarándola a los oídos

de ellos!¹ Aunque rechazaran al mensajero de Dios y Su mensaje, ¡el propósito de Dios era que un distante Día del Juicio Él pudiera recordarles que un inquebrantable profeta les había dado la oportunidad de oír!

El desafío que esto representaba para Jeremías era el ser encargado de hablar a almas que no escucharían, y de llamar a personas que no responderían. ¿Cómo hace uno para mantenerse entusiasmado en sus prédicas cuando sus lecciones son recibidas por oídos sordos, indiferentes o reaccionarios? Todos los que predicán y enseñan la Palabra de Dios han experimentado enfado al tratar de hablar cuando algunos están escribiendo mensajes, hablando o durmiendo. Si el 10 por ciento de los oyentes respondiera de tal manera, un orador podría enojarse a tal punto que se distrae. Si esta situación se presentara lección tras lección, podría sentir el deseo de salir, de dar una feroz reprimenda o de derramar lágrimas de frustración. Pregúntele a cualquier orador que haya enfrentado una situación parecida, y note su dolor por tales experiencias. Dios informó a Jeremías de que el pueblo de Judá no le escucharía. No obstante, él se mantuvo hablándoles durante cuarenta años.

RESPONDIERON CON BURLA

Sería más correcto decir que no hubo respuesta favorable a Jeremías, que indicar que no hubo respuesta del todo. En 18.18, el pueblo no solamente dijo que no escucharían las palabras de Jeremías,

¹ Dios considera importante el oír. En varias ocasiones Jesús dijo: «El que tiene oídos para oír, oiga» (Mateo 11.15; 13.9 [y Marcos 4.9, 23; Lucas 8.8]; 13.43b; Marcos 7.16; Lucas 14.35). Jesús no decía esto porque creyera que entre sus oyentes había algunos que no tenían oído. Lo decía porque muchos que oían, ¡hacían caso omiso de lo que hablaba!

sino que añadieron: «hirámoslo² de lengua». ¡La palabra misma pone de manifiesto que la intención de ellos era herirlo! En 20.7 el profeta se refirió a sí mismo como uno que ha sido objeto de burla. En el versículo 8, Jeremías añadió: «la palabra de Jehová me ha sido para afrenta y escarnio cada día». Tales burlas y escarnios constituían una humillante experiencia. El soportar este trato todo el día y el volver para recibir más al día siguiente, pueden agobiar el corazón de cualquiera, especialmente cuando ese corazón consagrado anhelaba ayudar a tales oyentes. La burla se demostró dolorosamente cuando el falso profeta Hananías tomó el yugo del cuello de Jeremías y lo quebró; un yugo que Dios le había dicho a Jeremías que llevara puesto (28.5–11).

¿Por cuánto tiempo seguiría usted hablándole a un pueblo que se burlara e hiciera escarnio de su persona cada día? Si usted tuviera que hablarle a un pueblo así, ¿con cuánto estrés y presión le agobiaría? ¿Podría soportarlo? ¿Lo soportaría? ¡Jeremías lo soportó!

ATACARON SU PERSONALIDAD

Además de burlarse de su mensaje, la gente atacó la personalidad y los motivos de Jeremías. Irías, el nieto de Hananías, arrestó a Jeremías y lo calificó de traidor, diciéndole: «Tú te pasas a los caldeos» (37.13). Aunque Jeremías declaró que esta acusación era falsa, su inocencia no le impidió que lo encarcelaran. ¿Ha sido encarcelado usted como traidor, cuando lo único que había hecho era hablar la verdad? ¡Jeremías lo fue!

A pesar de que algunas de las cosas que Jeremías profetizó ya se habían cumplido (vea Deuteronomio 18.21–22) y muchos de sus compatriotas habían sido llevados a la cautividad en Babilonia, el remanente de Judá todavía estaba diciendo: «Mentira dices; no te ha enviado Jehová nuestro Dios...» (43.2). ¿Ha sido señalado usted falsamente como mentiroso? ¡Jeremías lo fue —y más de una vez!

LO MALTRATARON FÍSICAMENTE

Para los reaccionarios de Judá, el rechazar a

² Del hebreo *nakah* —«... se usa principalmente en el sentido de herir [...] golpear, asestar [...] p. ej. a alguien con un bastón [...] herir a una persona [...] con enfermedad o plaga [...] hacer pedazos [...] horadar [...] matar, hacer morir [...] emprenderla con» (Samuel Prideaux Tregelles, *Gesenius' Hebrew and Chaldee Lexicon [Léxico hebreo y caldeo de Gesenius]* [Plymouth: S. e., 1857; reimposición, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1967], 549–50).

Jeremías no era solamente asunto de palabra. Pasur hizo que lo azotaran («azotar» procede de la misma palabra hebrea que «herir», en 18.18) —y esta vez no fue de lengua (20.2). Fue azotado nuevamente por los funcionarios (37.15). Una vez más lo tomaron y le pusieron³ en una cisterna. Jeremías siguió hablando, y el pueblo siguió acosándolo y azotándolo. Se convirtió en un círculo vicioso. Sume todo lo que hemos hecho notar acerca del trato que dieron al profeta. Si usted los viera acercarse una vez más, ¿pensaría en más maneras de ayudarles a estos bribones? ¡Jeremías pensó! ¿Qué clase de espíritu habría en un hombre que haciendo frente a tal maldad siguiera hablando a estas personas por Dios?

LO PUSIERON EN LA CÁRCEL

Pasur parece haber sido el primero en encerrar a Jeremías, poniéndolo en el cepo.⁴ Esto era más que encarcelamiento. También era doloroso. Además, estaba en una cisterna, a la cual se le conocía como las bóvedas (37.16; 38.6–13), y pasó mucho tiempo en el patio de la casa de los guardas.

¿Ha pasado usted una noche en la cárcel a causa de sus prédicas? Si la ha pasado, ¿fue puesto usted allí por decisión del pueblo de Dios? ¿Qué tal si usted, como vocero de Dios, fuera encarcelado? ¡Jeremías lo fue!

AMENAZARON CON QUITARLE LA VIDA

Jeremías no recibió promesa de que saldría de la cárcel. Las escenas de sus prisiones estuvieron por lo general acompañadas con amenazas de muerte. Algún tiempo antes de que se le encarcelara por primera vez, mientras todavía predicaba al pueblo y oraba por ellos, estaban maquinando su muerte de tal manera que «no [hubiera] más memoria de su nombre» (11.19). Deseaban extinguir no solamente al hombre, sino también cualquier recuerdo de él. Sumamente preocupado, Jeremías habló a Dios acerca de «todo su consejo contra [él]» (18.23).

Cuando Jeremías presentó su gran lección en el atrio de la casa de Jehová, amenazando a Judá con castigo como el de los vergonzosos eventos de Silo, el clamor estalló diciendo: «De cierto morirás». Más adelante, los sacerdotes y los profetas dijeron

³ Del hebreo *shalak* —«... desechar, tirar [...] exponer la vida de alguien al peligro [...] descuidar, despreciar [...] derribar al suelo [...] ser lanzado» (Tregelles, 829).

⁴ Del hebreo *mahpeketh* —«... torcimiento, distorsión, i. e., el cepo, en el cual las manos y los pies de un prisionero eran fijados de modo que su cuerpo era distorsionado» (Tregelles, 454).

a los oficiales: «En pena de muerte ha incurrido este hombre» (26.6–11).⁵ En el año quinto de Joacim, el rey se enojó tanto con la obra de Jeremías, que quemó lo que este había escrito, y procuró llevarlo a juicio (36.9, 21–26). No fue sino por la providencia del Señor que Jeremías se salvó.

En los tiempos de Sedequías, los funcionarios reaccionaron nuevamente contra Jeremías, diciendo al rey: «Muera ahora este hombre» (38.1–4). Jeremías hizo frente a tantas amenazas de muerte que una vez que Sedequías procuraba información de parte del profeta, Jeremías respondió diciendo: «Si te lo declarare, ¿no es verdad que me matarás?» (38.15).

Los anales bíblicos ponen de manifiesto que por muchos años Jeremías vivió con la amenaza de muerte cerniéndose sobre su cabeza. Imagínese que alguien lo amenazara a usted con matarlo. ¿Qué le haría eso a usted? ¿Qué tal si la amenaza de muerte proviniera precisamente de las personas entre las cuales usted trabajara? Jeremías hizo frente a tales amenazas más de una vez.

¿Le han causado asombro estos hechos de que Jeremías siguiera hablando semana tras semana, año tras año, ante la rebeldía y el rechazo? Lo aclamamos por su constante servicio, su gallardo aplomo, y sus poderosos mensajes en tales circunstancias. ¿Cómo habría respondido usted de haberse encontrado en su situación?

EL REMANENTE LO OBLIGÓ A IR A EGIPTO

Después del colapso final de Judá, Jeremías siguió con el pequeño remanente en la tierra estropeada por la destrucción y la desolación. Estas terribles condiciones, abarcadas en Jeremías 40–45, ponen aún más de manifiesto la corrupción de aquel pueblo.

¿Siendo ellos los que se acercaban a Jeremías buscando consejo, la respuesta que este daba era enfrentada con la acusación: «Mentira dices!» (43.2). El Señor había informado a Jeremías de que le dijera al pueblo que se quedara en la tierra y no fuera a Egipto. Él les transmitió fielmente el mensaje de Dios, diciéndoles: «os edificaré, y no os destruiré» (42.10). No obstante, el pueblo temía la reacción del rey de Babilonia, y se preocupaba de pasar más vergüenzas después de la conquista de Nabucodonosor; por lo tanto determinaron ir a

⁵ Note como esta respuesta de los sacerdotes y de los profetas constituye un paralelo de la respuesta que los líderes religiosos dieron en el tiempo de Cristo, cuando ellos clamaron por la muerte de Este (Juan 18.28–19.16). No hay duda de que los vergonzosos métodos de Satanás rara vez cambian (Mateo 23.34–35).

Egipto en búsqueda de seguridad. Los ruegos de Jeremías en el sentido de escuchar a Dios y quedarse en la tierra, no prevalecieron.

Johanán, el líder en ese momento del remanente, «tomó⁶ [...] todo el remanente de Judá [...] y al profeta Jeremías» y entraron en Egipto (43.5–6). Más que simplemente hacer un cansado viaje, Jeremías fue obligado a ir a Egipto, en contra de su propio consejo.

LAS LECCIONES

¿Qué grandes lecciones se aprenden en estas circunstancias?

(1) La voluntad humana tiene gran poder y puede resistir los mandamientos de Dios. Esto no debe interpretarse como que Dios sea débil, o que esté dormido, cuando el hombre se rebela, al seguir sus propios deseos. Dios lo sabe, y lo responsabiliza.

(2) Dios todavía puede cuidar, y de hecho cuida de Su pueblo, cuando Satanás y las voluntades humanas se resisten y se rebelan. Dios prometió a los que fueron obligados a ir a Egipto que algunos de ellos volverían a su patria (Jeremías 44.14).

(3) Aun cuando el hombre se rebele, Dios puede aprovechar este mal y convertirlo en bien. Tanto José como Daniel entendieron este principio (Génesis 45.1–8; 50.15–20; Daniel 3.1–30).

(4) Dios todavía tiene buenas obras para que sus siervos hagan cuando Satanás y los hombres rebeldes se apoderen. Aunque fue obligado a ir a Egipto, Jeremías siguió profetizando, dando advertencias y guiando al pequeño remanente de Judá. Tanto Jeremías como Pablo siguieron hablando y escribiendo para el Señor mientras estuvieron encarcelados (Jeremías 33; 36; Hechos 28.16–31). Parte de su influencia duradera ha provenido de lo que escribieron (o hicieron que se escribiera por medio de amanuenses) mientras estuvieron encarcelados por los hombres.

(5) Dios está al mando y está conciente de todas las circunstancias, aun cuando parece que el diablo y los hombres malos son responsables de algunos de los eventos (tal como la acción de Johanán de obligar a algunos a ir a Egipto; Jeremías 43.1–7). No todas las cosas serán buenas para el pueblo de Dios, pero todas las cosas les ayudan a bien a estos (Romanos 8.28).

⁶ Del hebreo *laqach* —«...tomar [...] prop. Tomar con la mano, apropiarse de, Gn. 3.22; 18.7–8; 21.14, 27; 22.6; Sal. 18.16 [...] Por lo tanto, i. e., tomar para sí [...] Gn. 2.15 [...] 27.35 [...] tomar posesión de [...] Nm. 21.25; Dt. 3.14; 29.8» (Tregelles, 441).